

[Chiesa/Testi/Chiesa/CristoIglesiaApóstolesPedroComuniónTradiciónBXVIAudiencias]

➤ *Benedicto XVI, relación entre Cristo y la Iglesia. La experiencia de los Apóstoles y la tarea que Cristo les confió. La figura de Pedro. La Iglesia edifica y alimenta, en Cristo y en el Espíritu Santo, la comunión de todos los llamados. Comunión y Tradición.*

A partir de la experiencia de los apóstoles, de la tarea que se les confió. El miércoles 5 de abril, Benedicto XVI explicó la finalidad de este ciclo de catequesis: “queremos considerar los orígenes de la Iglesia para comprender el designio originario de Jesús y de este modo comprender lo esencial de la Iglesia, que permanece con el pasar del tiempo. Queremos comprender también el porqué de nuestro ser en la Iglesia y cómo tenemos que comprometernos a vivirlo al inicio de un nuevo milenio cristiano”.

❖ Cfr. Audiencias generales de los miércoles: del 15 de marzo al 7 de junio del 2006

➤ **BENEDICTO XVI, RELACIÓN ENTRE CRISTO Y LA IGLESIA. LA EXPERIENCIA DE LOS APÓSTOLES Y LA TAREA QUE..... 1**

**CRISTO LES CONFIO. LA FIGURA DE PEDRO. LA IGLESIA EDIFICA Y ALIMENTA, EN CRISTO Y EN EL ESPÍRITU SANTO, LA COMUNIÓN DE TODOS LOS LLAMADOS. COMUNIÓN Y TRADICIÓN..... 1**

- ❖ *Cfr. Audiencias generales de los miércoles: del 15 de marzo al 7 de junio del 2006..... 1*
- 1. LA EXPERIENCIA DE LOS APÓSTOLES Y LA TAREA QUE SE LES CONFIO: 15 MARZO 2006 ..... 3
  - El rostro de Jesús se refleja en el rostro de la Iglesia, a pesar de los límites y de las sombras de nuestra humanidad frágil y pecadora..... 3
  - Si bien la predicación de Jesús es siempre un llamamiento a la conversión personal, en realidad tiende continuamente a constituir el Pueblo de Dios que vino a reunir y a salvar ..... 3
  - La institución de los Doce, signo de la intención del Nazareno de reunir a la comunidad de la Alianza para manifestarse en ella, de fundar un pueblo santo. .... 3
    - Jesús muestra que quería transferir a toda la comunidad en la persona de sus cabezas el mandato de ser, en la historia, signo e instrumento de la reunión escatológica comenzada por Él. .... 4
- 2. «LOS APÓSTOLES, TESTIGOS Y ENVIADOS DE CRISTO» 22 MARZO 2006 ..... 4
  - El Apóstol es un enviado, y antes un «experto» de Jesús. .... 4
    - Los apóstoles no tendrán que ser heraldos de una idea, sino testigos de una persona. .... 4
  - ¿A quiénes son enviados los apóstoles? El primer paso es la «reunión» de Israel, para que todos los pueblos llamados a reunirse en la comunión con el Señor puedan vivir y creer. .... 5
    - Tras la pasión y la resurrección de Cristo, el carácter universal de la misión de los apóstoles se hará explícito.... 5
- 3. EL DON DE LA “COMUNIÓN”: 29 DE MARZO DE 2006 ..... 5
  - La Iglesia vivirá a través de los tiempos por medio del ministerio apostólico: edificando y alimentando la comunión en Cristo y en el Espíritu de todos los llamados ..... 5
    - El manantial trinitario de la «comunión» que es don del Espíritu, fruto del amor de Dios Padre, gracia del Señor Jesús, diferentes aspectos de la única acción divina..... 6
    - No sólo es participación en la vida divina sino también es comunión fraterna ..... 6
  - La comunión se alimenta del Pan eucarístico se expresa en relaciones fraternas. Nos hace salir de la soledad, de la cerrazón en nosotros mismos, y participar en el amor que nos une a Dios y entre nosotros. A pesar de las fragilidades humanas, la Iglesia hace que Cristo esté cerca de todo hombre y toda mujer; en la Iglesia el Señor es nuestro contemporáneo..... 6
- 5. EL SERVICIO A LA COMUNIÓN: 5 DE ABRIL DE 2006 ..... 7
  - Estamos viendo los orígenes de la Iglesia para comprender el designio originario de Jesús, y así comprender lo esencial de la Iglesia..... 7
  - La relación íntima entre el Espíritu Santo y la Iglesia, a la que edifica y da la verdad. (S Ireneo) ..... 7
  - Esta relación con el Espíritu Santo no anula nuestra humanidad con toda su debilidad por la que experimentamos la prueba de los contrastes entre las verdades de la fe con las consiguientes laceraciones de la comunión..... 7
    - Ya al principio la Iglesia fue consciente de tensiones en la experiencia de la comunión. La Iglesia del amor y la Iglesia de la verdad: el don de la comunión está custodiado y es promovido por los Apóstoles y sus sucesores que son también ministros de la caridad..... 7
- 6. TRADICIÓN Y COMUNIÓN: «LA COMUNIÓN EN EL TIEMPO: LA TRADICIÓN». 26 ABRIL 2006..... 8
  - Estamos tratando de comprender en esta serie de catequesis el designio originario de la Iglesia querida por el Señor para comprender mejor nuestra vida cristiana en la gran comunión de la Iglesia, que abraza a los creyentes de todos los tiempos y de todas las generaciones ..... 8

○ El Espíritu Santo es el garante que asegura la realización de este misterio de la Iglesia a través de los siglos. La Tradición apostólica de la Iglesia consiste en la transmisión de la experiencia del Resucitado hecha por la comunidad apostólica en los orígenes de la Iglesia. ....	8
▪ Ya Jesús daba a entender que su misión – su presencia salvífica - estaba destinada a todo el mundo y a todos los tiempos, gracias al Espíritu Santo. ....	8
○ La Tradición es la comunión de los fieles alrededor de los legítimos pastores en el transcurso de la historia, una comunión que el Espíritu Santo alimenta asegurando el nexo entre la experiencia de la fe apostólica, vivida en la comunidad originaria de los discípulos, y la experiencia actual de Cristo en su Iglesia. En otras palabras, la Tradición es la continuidad orgánica de la Iglesia, Templo santo de Dios Padre, edificado sobre el fundamento del Espíritu. ....	9
<b>7. LA TRADICIÓN APOSTÓLICA ES EL «EVANGELIO VIVO». 3 DE MAYO 2006</b> .....	9
○ La Tradición es el río de la vida nueva que procede de Cristo, y nos hace participar en la historia de Dios con la humanidad .....	9
○ La Tradición es apostólica ante todo en sus orígenes .....	10
▪ Los doce Apóstoles transmitieron fielmente el don recibido.....	10
▪ La comunidad, nacida del anuncio evangélico, se sintió convocada por la palabras de los primeros que hicieron la experiencia del Señor, y se sintió comprometida a transmitir a los demás la «alegre noticia» de la presencia actual del Señor.....	10
Esto queda subrayado en varios pasajes de las cartas de san Pablo .....	10
El testimonio de Tertuliano hacia el año 200.....	10
○ El testimonio del Concilio Vaticano II: la Iglesia transmite lo que enseñaron los apóstoles para que el Pueblo de Dios viva santamente y aumente su fe. La Tradición es, por tanto, la historia del Espíritu que actúa en la historia de la Iglesia a través de los apóstoles y sus sucesores, en continuidad fiel con la experiencia de los orígenes. ....	11
▪ Es una cadena del servicio que continúa hasta nuestros días. El envío apostólico implica un servicio pastoral, litúrgico y profético, garantizado por la cercanía del Señor. ....	11
▪ También nosotros tenemos una auténtica y personal experiencia de la presencia del Señor resucitado. Ésta es nuestra gran alegría. ....	11
<b>8. LA SUCESIÓN APOSTÓLICA. 10 DE MAYO DE 2006</b> .....	11
○ La Tradición en la Iglesia es la presencia permanente de la palabra y de la vida de Jesús en su pueblo. Se da una reciprocidad entre palabra (contenido, palabra de Dios y vida del Señor) y el testigo que necesita la palabra para estar presente y a la que está vinculado. ....	11
▪ Esa reciprocidad es característica de la estructura de la Iglesia.....	11
▪ El Señor inicia esa estructura convocando a los Doce, quienes, a su vez, asocian a otros en las funciones que les fueron encomendadas. ....	12
▪ Esta sucesiva llamada y envío de otros se hace también con la fuerza del Espíritu. Estos otros son los obispos. .	12
▪ Obispo es quien contempla desde lo alto, quien mira con el corazón; función que se desarrolla progresivamente en el triple oficio de obispo, presbítero y diácono.....	12
▪ Así la sucesión en la función episcopal se presenta como continuidad del ministerio apostólico también en sentido espiritual, es decir, como lugar privilegiado de la acción y transmisión del Espíritu Santo.....	12
El testimonio de san Ireneo de Lyon .....	12
La Iglesia de Roma es signo, criterio y garantía de la transmisión de la fe apostólica .....	12
▪ La apostolicidad de la comunión eclesial consiste en la fidelidad a la enseñanza y a la práctica de los Apóstoles, a través de los cuales se asegura el vínculo histórico y espiritual de la Iglesia con Cristo. La sucesión apostólica del ministerio episcopal es el camino que garantiza la fiel transmisión del testimonio apostólico.....	13
Mediante la sucesión apostólica es Cristo quien llega a nosotros.....	13
<b>9. PEDRO EL PESCADOR (I). 17 DE MAYO DE 2006</b> .....	13
❖ <i>La llamada en el lago de Galilea y la confesión de fe: «Tú eres el Cristo, el Mesías»</i> .....	13
○ El plan de esta nueva serie de catequesis.....	13
○ La figura de Pedro .....	13
▪ Su itinerario espiritual .....	14
○ La enseñanza para nosotros: esperamos que Dios transforme el mundo inmediatamente, y Dios opta por el camino de la transformación de nuestro corazones .....	15
<b>10. PEDRO EL PESCADOR (II). 24 DE MAYO DE 2006</b> .....	15
❖ <i>La multiplicación de los panes y la llamada del Señor a Pedro a ser pastor de la Iglesia universal</i> .....	15
○ La multiplicación de los panes .....	15
▪ El sentido o finalidad de la multiplicación de los panes: la entrega de sí mismo en el pan eucarístico.....	15
▪ Jesús anuncia que dará su carne y Pedro hace su confesión de fe: una fe inicial que más tarde llegará a plenitud, abierta a una realidad más grande. ....	15
▪ La generosidad impetuosa de Pedro y la debilidad humana. La escuela de la fe no es una marcha triunfal.....	16
○ Jesús encomienda a Pedro la misión de pastor de la Iglesia universal .....	16
▪ Pedro sigue a Jesús - acepta la misión – con la conciencia de la propia fragilidad .....	16
▪ Jesús se adapta también a nuestra debilidad, a nuestra pobre capacidad de amor. ....	16
<b>11. PEDRO EL PESCADOR (III). 7 DE JUNIO DE 2006</b> .....	17
❖ <i>La roca sobre la que Cristo fundó su Iglesia</i> .....	17
○ Jesús cambió el nombre de Simón: lo llamó “Cefas”, que quiere decir “Piedra”: no se trataba solamente de un nombre, sino también de un mandato, de una misión. ....	17

3	
17	▪ En el Antiguo Testamento, el cambio del nombre por lo general implicaba la encomienda de una misión.....
17	▪ Pedro mismo era con sienta de su situación peculiar.....
17	○ Las tres metáforas que utiliza Jesús son en sí muy claras: Pedro será el <i>cimiento de roca</i> , tendrá <i>las llaves</i> del reino de los cielos, podrá <i>atar o desatar</i> .....
18	○ La posición de preeminencia que Jesús quiso conferir a Pedro se constata también después de la resurrección.....
18	○ El hecho de insertar el primado de Pedro en el contexto de la última Cena, en el momento de la institución de la Eucaristía, Pascua del Señor, indica también el sentido último de este primado: Pedro, para todos los tiempos, debe ser el custodio de la comunión con Cristo.....

## 1. La experiencia de los apóstoles y la tarea que se les confió: 15 marzo 2006

### ○ El rostro de Jesús se refleja en el rostro de la Iglesia, a pesar de los límites y de las sombras de nuestra humanidad frágil y pecadora

Después de las catequesis sobre los salmos y los cánticos de Laudes y Vísperas, quisiera dedicar los próximos encuentros del miércoles al misterio de la relación entre Cristo y la Iglesia, considerándolo a partir de la experiencia de los apóstoles, a la luz de la tarea que se les confió. La Iglesia ha sido constituida sobre el fundamento de los apóstoles como comunidad de fe, de esperanza y de caridad. A través de los apóstoles, nos remontamos al mismo Jesús. La Iglesia comenzó a constituirse cuando unos pescadores de Galilea encontraron a Jesús, se dejaron conquistar por su mirada, por su voz, por su invitación cálida y fuerte: «Venid conmigo, y os haré llegar a ser pescadores de hombres» (Marcos 1, 17; Mateo 4, 19). Mi querido predecesor, Juan Pablo II, propuso a la Iglesia, al inicio del tercer milenio, contemplar el rostro de Cristo (Cf. «Novo millennio ineunte», 16 siguientes). Moviéndome hacia esa dirección, en las catequesis que hoy comienzo, quisiera mostrar precisamente que la luz de ese Rostro se refleja en el rostro de la Iglesia (Cf. «Lumen gentium», 1), a pesar de los límites y de las sombras de nuestra humanidad frágil y pecadora. Después de María, reflejo puro de la luz de Cristo, los apóstoles, con su palabra y testimonio, nos entregan la verdad de Cristo. Su misión no está aislada, se enmarca dentro de un misterio de comunión que involucra a todo el Pueblo de Dios y se realiza por etapas, de la antigua a la nueva Alianza.

### ○ Si bien la predicación de Jesús es siempre un llamamiento a la conversión personal, en realidad tiende continuamente a constituir el Pueblo de Dios que vino a reunir y a salvar

En este sentido hay que decir que se tergiversa totalmente el mensaje de Jesús si se le separa del contexto de la fe y de la esperanza del pueblo elegido: como el Bautista, su inmediato precursor, Jesús se dirige ante todo a Israel (Cf. Mateo 15, 24), para «reunirlo» en el tiempo escatológico que con él llegó. Y como sucedió con la de Juan, la predicación de Jesús es al mismo tiempo una llamada de gracia y un signo de contradicción y de juicio para todo el pueblo de Dios. Por tanto, desde el primer momento de su actividad salvadora, Jesús de Nazaret tiende a reunir, a purificar al Pueblo de Dios. Si bien su predicación es siempre un llamamiento a la conversión personal, en realidad tiende continuamente a constituir el Pueblo de Dios que vino a reunir y a salvar. Por este motivo, es unilateral y carece de fundamento la interpretación individualista propuesta por la teología liberal del anuncio hecho por Cristo del Reino. Fue resumida, en el año 1900 por el gran teólogo liberal Adolf von Harnack en sus conferencias sobre «¿Qué es el cristianismo?»: «El reino de Dios llega, en la medida en que llega a hombres concretos, encuentra acceso en su alma y éstos le acogen. El reino de Dios es el *señorío* de Dios, es decir, el señorío del Dios santo en los diferentes corazones» (Tercera Conferencia, 100s). En realidad, este individualismo de la teología liberal es acentuado particularmente en la modernidad: en la perspectiva de la tradición bíblica y en el horizonte del judaísmo, en el que la obra de Jesús se enmarca a pesar de toda su novedad, queda claro que toda la misión del Hijo hecho carne tiene una finalidad comunitaria: vino precisamente para unir a la humanidad dispersada, vino precisamente para reunir al Pueblo de Dios.

### ○ La institución de los Doce, signo de la intención del Nazareno de reunir a la comunidad de la Alianza para manifestarse en ella, de fundar un pueblo santo.

Un signo evidente de la intención del Nazareno de reunir a la comunidad de la Alianza para manifestar en ella el cumplimiento de las promesas hechas a los Padres, que siempre hablan de convocación, de unificación, de unidad, es la *institución de los Doce*. Hemos escuchado el Evangelio de la institución de los Doce. Vuelvo a leer ahora el pasaje central: «Subió al monte y llamó a los que él quiso; y vinieron donde él. Instituyó Doce, para que estuvieran con él, y para enviarlos a predicar con poder de expulsar los demonios. Instituyó a los Doce...» (Marcos 3, 13-16; Cf. Mateo 10, 1-4; Lucas 6, 12-16). En el lugar de la revelación, el «monte», Jesús con una iniciativa que manifiesta absoluta conciencia y determinación, constituye a los Doce para que sean con Él testigos y heraldos de la llegada del Reino de Dios. Sobre el carácter histórico de esta llamada no hay lugar a dudas, no sólo por motivo de la

antigüedad y multiplicidad de testimonios, sino también por el simple motivo de que aparece el nombre de Judas, el apóstol traidor, a pesar de las dificultades que esta presencia podía implicar para la comunidad naciente. El número Doce, que evidentemente hace referencia a las doce tribus de Israel, revela el significado de acción profético-simbólica implícito en la nueva iniciativa de volver a fundar el pueblo santo. Tras el ocaso del sistema de las doce tribus, Israel esperaba en la reconstitución como signo de la llegada del tiempo escatológico (puede leerse la conclusión del libro de Ezequiel: 37,15-19; 39,23-29; 40-48). Eligiendo a los Doce, e introduciéndolos en una comunión de vida con él y haciéndolos partícipes de su misma misión de anuncio del Reino, con palabras y obras (Cf. Marcos 6, 7-13; Mateo 10,5-8; Lucas 9, 1-6; Lucas 6, 13), Jesús quiere decir que ha llegado el tiempo definitivo en el que reconstituye el pueblo de Dios, el pueblo de las doce tribus, que se convierte ahora en un pueblo universal, su Iglesia.

- **Jesús muestra que quería transferir a toda la comunidad en la persona de sus cabezas el mandato de ser, en la historia, signo e instrumento de la reunión escatológica comenzada por Él.**

Con su misma existencia, los Doce --llamados de orígenes diferentes-- se convierten en un llamamiento para todo Israel a convertirse y a dejarse reunir en la nueva alianza, cumplimiento pleno y perfecto de la antigua. Al haberles confiado la tarea de celebrar su memorial en la Cena, antes de la Pasión, Jesús muestra que quería transferir a toda la comunidad en la persona de sus cabezas el mandato de ser, en la historia, signo e instrumento de la reunión escatológica comenzada por Él. En cierto sentido, podemos decir que precisamente la Última Cena es el acto de fundación de la Iglesia, pues se entrega a sí mismo y crea de este modo una nueva comunidad, una comunidad unida en la comunión con Él mismo. Desde esta perspectiva, se comprende que el Resucitado les confiera --con la efusión del Espíritu-- el poder de perdonar los pecados (Cf. Juan 20, 23). Los doce apóstoles son, de este modo, el signo más evidente de la voluntad de Jesús sobre la existencia y la misión de su Iglesia, la garantía de que entre Cristo y la Iglesia no hay contraposición: son inseparables, a pesar de los pecados de los hombres que componen la Iglesia. Y por tanto, no puede conciliarse con las intenciones de Cristo un eslogan que hace unos años estaba de moda: «Jesús sí; Iglesia no». El Jesús individualista es un Jesús de fantasía. No podemos encontrar a Jesús sin la realidad que Él creó y en la que se comunica. Entre el Hijo de Dios, hecho carne y su Iglesia, se da una continuidad profunda, inseparable y misteriosa, en virtud de la cual Cristo se hace presente hoy en su pueblo. Siempre es nuestro contemporáneo, contemporáneo en la Iglesia, construida sobre el fundamento de los apóstoles, está vivo en la sucesión de los apóstoles. Y esta presencia suya en la comunidad, en la que Él mismo siempre se nos da, es el motivo de nuestra alegría. Sí, Cristo está con nosotros, el Reino de Dios viene.

## **2. «Los apóstoles, testigos y enviados de Cristo» 22 marzo 2006**

Miércoles 22 marzo 2006

Queridos hermanos y hermanas:

La Carta a los Efesios presenta a la Iglesia como un edificio construido «sobre el cimiento de los apóstoles y profetas, siendo la piedra angular Cristo mismo» (2,20). En el Apocalipsis, el papel de los apóstoles, y más específicamente el de los Doce, es aclarado con la perspectiva escatológica de la Jerusalén celeste, presentada como una ciudad cuya muralla «se asienta sobre doce piedras, que llevan los nombres de los doce apóstoles del Cordero» (21, 14). Los Evangelios coinciden en narrar que la llamada de los apóstoles marcó los primeros pasos del ministerio de Jesús, tras el bautismo recibido por el Batutita en las aguas del Jordán.

- **El Apóstol es un enviado, y antes un «experto» de Jesús.**

Según la narración de Marcos (1, 16-20) y de Mateo (4, 18-22), el escenario de la llamada de los primeros apóstoles es el lago de Galilea. Jesús, acaba de comenzar la predicación del Reino de Dios, cuando su mirada se dirige a dos parejas de hermanos: Simón y Andrea, Santiago y Juan. Son pescadores, dedicados a su trabajo cotidiano. Echan las redes, las reparan. Pero les espera otra pesca. Jesús les llama con decisión y ellos le siguen con prontitud: a partir de ahora serán «pescadores de hombres» (Cf. Marcos 1,17; Mateo 4,19). Lucas, a pesar de seguir la misma tradición, ofrece una narración más elaborada (5,1-11). Muestra el camino de fe de los primeros discípulos, precisando que la invitación al seguimiento les llega después de haber escuchado la primera predicación de Jesús, y después de haber experimentado sus primeros signos prodigiosos. En particular, la pesca milagrosa constituye el contexto inmediato y ofrece el símbolo de la misión de pescadores de hombres que se les confió. El destino de estos «llamados», a partir de ahora, quedará íntimamente ligado al de Jesús. El apóstol es un enviado, pero antes aún es un «experto» de Jesús.

- **Los apóstoles no tendrán que ser heraldos de una idea, sino testigos de una persona.**

Este aspecto es subrayado por el evangelista Juan desde el primer encuentro de Jesús con los futuros apóstoles. Aquí el escenario es diferente. El encuentro tiene lugar a orillas del Jordán. La presencia de los futuros

discípulos, que como Jesús vinieron de Galilea para vivir la experiencia del bautismo administrado por Juan, ilumina su mundo espiritual. Eran hombres en espera del Reino de Dios, deseosos de conocer al Mesías, cuya venida era anunciada como algo inminente. Les es suficiente que Juan Bautista señale a Jesús como el Cordero de Dios (Cf. Juan 1,36) para que surja en ellos el deseo de un encuentro personal con el Maestro. El diálogo de Jesús con sus primeros dos futuros apóstoles es muy expresivo. A la pregunta: «¿Qué buscáis?», responden con otra pregunta: «Rabbi --que quiere decir, "Maestro"- ¿dónde vives?». La respuesta de Jesús es una invitación: «Venid y lo veréis» (Cf. Juan 1, 38-39). Venid para poder ver. La aventura de los apóstoles comienza así, como un encuentro de personas que se abren recíprocamente. Para los discípulos comienza un conocimiento directo del Maestro. Ven donde vive y comienzan a conocerle. No tendrán que ser heraldos de una idea, sino testigos de una persona. Antes de ser enviados a evangelizar, tendrán que «estar» con Jesús (Cf. Marcos 3, 14), estableciendo con él una relación personal. Con este fundamento, la evangelización no es más que un anuncio de lo que se ha experimentado y una invitación a entrar en el misterio de la comunión con Cristo (Cf. 1 Juan 13).

- **¿A quiénes son enviados los apóstoles? El primer paso es la «reunión» de Israel, para que todos los pueblos llamados a reunirse en la comunión con el Señor puedan vivir y creer.**

¿A quiénes serán enviados los apóstoles? En el Evangelio, Jesús parece restringir a Israel su misión: «No he sido enviado más que a las ovejas perdidas de la casa de Israel» (Mateo 15, 24). Al mismo tiempo parece circunscribir la misión confiada a los doce: «A estos doce envió Jesús, después de darles estas instrucciones: «No toméis camino de gentiles ni entréis en ciudad de samaritanos; dirigíos más bien a las ovejas perdidas de la casa de Israel» (Mateo 10, 5). Una cierta crítica de inspiración racionalista había visto en estas expresiones la falta de una conciencia universal del Nazareno. En realidad, tienen que ser entendidas a la luz de su relación especial con Israel, comunidad de la Alianza, en continuidad con la historia de la salvación. Según la espera mesiánica, las promesas divinas, hechas inmediatamente a Israel, llegarían a su cumplimiento cuando el mismo Dios, a través de su Elegido, reuniera a su pueblo como hace un pastor con su rebaño: «Yo vendré a salvar a mis ovejas para que no estén más expuestas al pillaje... Yo suscitaré para ponérselo al frente un solo pastor que las apacentará, mi siervo David: él las apacentará y será su pastor. Yo, el Señor, seré su Dios, y mi siervo David será príncipe en medio de ellos» (Ezequiel 34, 22-24). Jesús es el pastor escatológico, que reúne a las ovejas perdidas de la casa de Israel y sale en su búsqueda, pues las conoce y las ama (Cf. Lucas 15, 4-7 y Mateo 18,12-14; Cf. también la figura del buen pastor en Juan 10,11 y siguientes). A través de esta «reunión», se anuncia el Reino de Dios a todos los pueblos: «Así manifestaré yo mi gloria entre las naciones, y todas las naciones verán el juicio que voy a ejecutar y la mano que pondré sobre ellos» (Ezequiel 39, 21). Y Jesús sigue precisamente este perfil profético. El primer paso es la «reunión» de Israel, para que todos los pueblos llamados a reunirse en la comunión con el Señor puedan vivir y creer.

- **Tras la pasión y la resurrección de Cristo, el carácter universal de la misión de los apóstoles se hará explícito.**

De este modo, los doce, llamados a participar en la misma misión de Jesús, cooperan con el Pastor de los últimos tiempos, dirigiéndose también ante todo a las ovejas perdidas de la casa de Israel, es decir, al pueblo de la promesa, cuya reunión es signo de salvación para todos los pueblos, inicio de la universalización de la Alianza. Lejos de contradecir la apertura universal de la acción mesiánica del Nazareno, el haber restringido al inicio su misión y la de los doce a Israel es un signo profético eficaz. Tras la pasión y la resurrección de Cristo, este signo será aclarado: el carácter universal de la misión de los apóstoles se hará explícito. Cristo enviará a los apóstoles «por todo el mundo» (Marcos 16, 15), a «todas las gentes» (Mateo 28, 19; Lucas 24,47, «hasta los confines de la tierra» (Hechos 1, 8). Y esta misión continúa. Siempre continúa el mandamiento del Señor de reunir a los pueblos en la unidad de su amor. Esta es nuestra esperanza y este es también nuestro mandamiento: contribuir a esa universalidad, a esta verdadera unidad en la riqueza de las culturas, en comunión con nuestro verdadero Señor Jesucristo.

### **3. El don de la "Comunión": 29 de marzo de 2006**

«En la Iglesia el Señor sigue siendo siempre nuestro contemporáneo»  
Miércoles, 29 marzo 2006

Queridos hermanos y hermanas:

- **La Iglesia vivirá a través de los tiempos por medio del ministerio apostólico: edificando y alimentando la comunión en Cristo y en el Espíritu de todos los llamados**

A través del ministerio apostólico, la Iglesia, comunidad reunida por el Hijo de Dios hecho carne, vivirá a través de los tiempos, edificando y alimentando la comunión en Cristo y en el Espíritu, a la que todos están llamados y en la que pueden experimentar la salvación entregada por el Padre. Los doce apóstoles --como dice el Papa

Clemente, tercer sucesor de Pedro, al final del siglo I-- se preocuparon por constituir a sucesores suyos (Cf. 1 Clemente 42, 4) para que la misión que se les confió continuara después de la muerte. A través de los siglos, la Iglesia, estructurada bajo la guía de los legítimos pastores, ha seguido viviendo en el mundo como misterio de comunión, en el que se refleja en cierto sentido la misma comunión trinitaria, el misterio del mismo Dios.

- **El manantial trinitario de la «comunión» que es don del Espíritu, fruto del amor de Dios Padre, gracia del Señor Jesús, diferentes aspectos de la única acción divina.**

El apóstol Pablo menciona ya este supremo manantial trinitario cuando desea a sus cristianos: «La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros» (2 Corintios 13, 13). Estas palabras, probable eco del culto de la Iglesia naciente, subrayan cómo el don gratuito del amor del Padre en Jesucristo se realiza y se expresa en la comunión que actúa el Espíritu Santo. Esta interpretación, basada en la inmediata relación que establece el texto entre los tres genitivos («la gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo»), presenta la «comunión» como don específico del Espíritu, fruto del amor entregado por Dios Padre y de la gracia ofrecida por el Señor Jesús.

- **No sólo es participación en la vida divina sino también es comunión fraterna**

Además, el contexto, caracterizado por la insistencia en la comunión fraterna, nos lleva a ver en la «koinonía» del Espíritu Santo no sólo la «participación» en la vida divina de manera casi individual, como si cada uno estuviera por su lado, sino también lógicamente la «comunión» entre los creyentes, que el Espíritu mismo suscita como su artífice y principal agente (Cf. Filipenses 2, 1). Podría afirmarse que gracia, amor y comunión, referidos respectivamente a Cristo, al Padre y al Espíritu, son diferentes aspectos de la única acción divina por nuestra salvación, acción que crea la Iglesia y que hace de la Iglesia --como dice san Cipriano en el siglo III-- «una muchedumbre reunida por la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» («De oratione dominica», 23: PL 4,536, citado en «Lumen gentium», 4).

La idea de la comunión como participación en la vida trinitaria es iluminada con particular intensidad en el Evangelio de Juan, donde la comunión de amor que une al Hijo con el Padre y con los hombres es al mismo tiempo el modelo y el manantial de la unión fraterna, que tiene que unir a los discípulos entre sí: «amaos los unos a los otros como yo os he amado» (Juan 15, 12; Cf. 13, 34). «Que ellos también sean uno en nosotros» (Juan 17, 21. 22). Por tanto, comunión de los hombres con el Dios Trinitario y comunión de los hombres entre sí. En el tiempo de la peregrinación terrena, el discípulo, a través de la comunión con el Hijo, puede participar ya en la su vida divina y en la del Padre: «nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo» (1 Juan 1, 3). Esta vida de comunión con Dios y entre nosotros es la finalidad propia del anuncio del Evangelio, la finalidad de la conversión al cristianismo: «lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros» (1 Juan 1,3). Por tanto, esta doble comunión con Dios y entre nosotros es inseparable. Allí donde se destruye la comunión con Dios, que es comunión con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu Santo, se destruye también la raíz y el manantial de la comunión entre nosotros. Y donde no se vive la comunión entre nosotros, tampoco puede ser viva ni verdadera la comunión con el Dios Trinitario, como hemos escuchado.

- **La comunión se alimenta del Pan eucarístico se expresa en relaciones fraternas. Nos hace salir de la soledad, de la cerrazón en nosotros mismos, y participar en el amor que nos une a Dios y entre nosotros. A pesar de las fragilidades humanas, la Iglesia hace que Cristo esté cerca de todo hombre y toda mujer; en la Iglesia el Señor es nuestro contemporáneo.**

Demos ahora un ulterior paso. La comunión --fruto del Espíritu Santo-- se alimenta del Pan eucarístico (Cf. 1 Corintios, 10, 16-17) y se expresa en las relaciones fraternas, en una especie de anticipación en el mundo futuro. En la Eucaristía, Jesús nos alimenta, nos une con él, con el Padre y con el Espíritu Santo y entre nosotros, y esta red de unidad que abraza al mundo es una anticipación del mundo futuro en nuestro tiempo. Dado que es anticipación del futuro, la comunión es un don que tiene también consecuencias muy reales, nos hace salir de nuestras soledades, de la cerrazón en nosotros mismos, y nos permite participar en el amor que nos une a Dios y entre nosotros. Para comprender la grandeza de este don basta pensar en las divisiones y conflictos que afligen a las relaciones entre individuos, grupos y pueblos enteros. Y si no se da el don de la unidad en el Espíritu Santo, la división de la humanidad es inevitable. La «comunión» es verdaderamente una buena nueva, el remedio que nos ha dado el Señor contra la soledad que hoy amenaza a todos, el don precioso que nos hace sentirnos acogidos y amados en Dios, en la unidad de su Pueblo, reunido en el nombre de la Trinidad; es la luz que hace resplandecer a la Iglesia como signo alzado entre los pueblos: «Si decimos que estamos en comunión con él, y caminamos en tinieblas, mentimos y no obramos la verdad. Pero si caminamos en la luz, como él mismo está en la luz, estamos en comunión unos con otros» (1 Juan 1, 6-7). La Iglesia se presenta de este modo, a pesar de todas las fragilidades humanas que forman parte de su fisonomía histórica, como una maravillosa creación de amor, constituida para hacer que Cristo esté cerca

de todo hombre y de toda mujer que quiera encontrarse con él verdaderamente, hasta el final de los tiempos. Y en la Iglesia el Señor sigue siendo siempre nuestro contemporáneo. La Escritura no es algo del pasado. El Señor no habla en el pasado, sino que habla en el presente, hoy habla con nosotros, nos da luz, nos muestra el camino de la vida, nos da comunión y de este modo nos prepara y nos abre a la luz.

## **5. El Servicio a la comunión: 5 de abril de 2006**

Miércoles 5 de abril de 2006

Queridos hermanos y hermanas:

- **Estamos viendo los orígenes de la Iglesia para comprender el designio originario de Jesús, y así comprender lo esencial de la Iglesia.**

En la nueva serie de catequesis, comenzada hace unas semanas, queremos considerar los orígenes de la Iglesia para comprender el designio originario de Jesús y de este modo comprender lo esencial de la Iglesia, que permanece con el pasar del tiempo. Queremos comprender también el porqué de nuestro ser en la Iglesia y cómo tenemos que comprometernos a vivirlo al inicio de un nuevo milenio cristiano.

- **La relación íntima entre el Espíritu Santo y la Iglesia, a la que edifica y da la verdad. (S Ireneo)**

Al reflexionar sobre la Iglesia naciente, podemos descubrir dos aspectos: un primer aspecto es subrayado vigorosamente por san Ireneo de Lyon, mártir y gran teólogo de finales del siglo II, el primero que nos dejó una teología en cierto sentido sistemática. San Ireneo escribe: «Donde está la Iglesia, allí está también el Espíritu de Dios; y donde está el Espíritu de Dios, allí está la Iglesia y toda gracia; pues el Espíritu es verdad» («Adversus haereses», III, 24, 1: PG 7,966). Por tanto, existe una relación íntima entre el Espíritu Santo y la Iglesia. El Espíritu Santo edifica la Iglesia y le da la verdad, infunde --como dice san Pablo-- en los corazones de los creyentes el amor (Cf. Romanos 5, 5).

- **Esta relación con el Espíritu Santo no anula nuestra humanidad con toda su debilidad por la que experimentamos la prueba de los contrastes entre las verdades de la fe con las consiguientes laceraciones de la comunión.**

Pero, además, hay un segundo aspecto. Esta relación íntima con el Espíritu no anula nuestra humanidad con toda su debilidad y, de este modo, la comunidad de los discípulos experimenta desde los inicios no sólo la alegría del Espíritu Santo, la gracia de la verdad y del amor, sino también la prueba, constituida sobre todo por los contrastes entre las verdades de fe, con las consiguientes laceraciones de la comunión. Así como la comunión del amor existe desde el inicio y existirá hasta el final (Cf. 1 Juan 1,1ss), del mismo modo por desgracia desde el inicio irrumpe también la división. No tenemos que sorprendernos por el hecho de que hoy también exista: «Salieron de entre nosotros --dice la Primera Carta de Juan--; pero no eran de los nuestros. Si hubiesen sido de los nuestros, habrían permanecido con nosotros. Pero sucedió así para poner de manifiesto que no todos son de los nuestros» (2, 19). Por tanto, siempre existe el peligro, en las vicisitudes del mundo y también en las debilidades de la Iglesia, de perder la fe, y así, de perder también el amor y la fraternidad. Por tanto, es un deber preciso de quien cree en la Iglesia del amor y quiere vivir en ella reconocer también este peligro y aceptar que no es posible la comunión con quien se ha alejado de la doctrina de la salvación (Cf. 2 Juan 9-11).

- **Ya al principio la Iglesia fue consciente de tensiones en la experiencia de la comunión. La Iglesia del amor y la Iglesia de la verdad: el don de la comunión está custodiado y es promovido por los Apóstoles y sus sucesores que son también ministros de la caridad.**

Que la Iglesia naciente fuera claramente consciente de estas tensiones posibles en la experiencia de la comunión lo muestra muy bien la Primera Carta de Juan: no hay otra voz en el Nuevo Testamento que se alce con tanta fuerza para subrayar la realidad del deber del amor fraterno entre los cristianos; pero esa misma voz se dirige con drástica severidad a los adversarios, que han sido miembros de la comunidad y que ya no lo son. La Iglesia del amor es también la Iglesia de la verdad, entendida ante todo como fidelidad al Evangelio confiado por el Señor Jesús a los suyos. La fraternidad cristiana nace por el hecho de ser hijos del mismo Padre por el Espíritu de verdad: «En efecto, todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios» (Romanos 8, 14). Pero la familia de los hijos de Dios, para vivir en la unidad y en la paz, necesita de alguien que la custodie en la verdad y la guíe con sabio y autorizado discernimiento: esto es lo que está llamado a hacer el ministerio de los Apóstoles. Y aquí llegamos a un punto importante. La Iglesia es totalmente del Espíritu, pero tiene una estructura, la sucesión apostólica, que tiene la responsabilidad de garantizar la permanencia de la Iglesia en la verdad donada por Cristo, de la que también procede la capacidad del amor. El primer sumario de los Hechos de los Apóstoles expresa con gran eficacia la convergencia

de estos valores en la vida de la Iglesia naciente: «Acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión (*koinonía*), a la fracción del pan y a las oraciones» (Hechos 2, 42). La comunión nace de la fe suscitada por la predicación apostólica, se alimenta de la fracción del pan y la oración, y se expresa en la caridad fraterna y en el servicio. Nos encontramos ante la descripción de la comunión de la Iglesia naciente en la riqueza de sus dinamismos internos y de sus expresiones visibles: el don de la comunión está custodiado y es promovido en particular por el ministerio apostólico, que a su vez es don para toda la comunidad.

Los apóstoles y sus sucesores son por tanto los custodios y los testigos autorizados del depósito de la verdad entregado a la Iglesia, y son también los ministros de la caridad: dos aspectos que van juntos. Tienen que pensar siempre en el carácter inseparable de este doble servicio, que en realidad es el mismo: verdad y caridad, reveladas y donadas por el Señor Jesús. En este sentido, realizan ante todo un servicio de amor: la caridad que tienen que vivir y promover no puede separarse de la verdad que custodian y transmiten. ¡La verdad y el amor son dos caras del mismo don: que procede de Dios y que gracias al ministerio apostólico es custodiado en la Iglesia y nos llega hasta nuestro presente! ¡A través del servicio de los apóstoles y sus sucesores también nos alcanza el amor de Dios Trinidad para comunicarnos la verdad que nos hace libres (Cf. Juan 8, 32)! Todo esto que vemos en la Iglesia naciente nos lleva a rezar por los sucesores de los apóstoles, por todos los obispos y por los sucesores de Pedro para que sean realmente custodios de la verdad y al mismo tiempo de la caridad, para que sean realmente apóstoles de Cristo, para que su luz, la luz de la verdad y de la caridad no se apague nunca en la Iglesia y en el mundo.

## **6. Tradición y comunión: «La comunión en el tiempo: la Tradición». 26 abril 2006**

Miércoles 26 de abril de 2006

- **Estamos tratando de comprender en esta serie de catequesis el designio originario de la Iglesia querida por el Señor para comprender mejor nuestra vida cristiana en la gran comunión de la Iglesia, que abraza a los creyentes de todos los tiempos y de todas las generaciones**

¡Gracias por vuestro afecto! En la nueva serie de catequesis comenzada hace poco, tratamos de comprender el designio originario de la Iglesia querida por el Señor para comprender mejor nuestra participación, nuestra vida cristiana, en la gran comunión de la Iglesia. Hasta ahora hemos comprendido que la comunión eclesial es suscitada y sostenida por el Espíritu Santo, custodiada y promovida por el ministerio apostólico. Y esta comunión, a la que llamamos Iglesia, no se extiende sólo a todos los creyentes de un cierto momento histórico, sino que abraza también a los de todos los tiempos y de todas las generaciones. Por tanto, nos encontramos ante una doble universalidad: la universalidad sincrónica --estamos unidos con los creyentes en todas las partes del mundo-- y la universalidad llamada diacrónica, es decir, nos pertenecen todos los tiempos: los creyentes del pasado y los creyentes del futuro forman con nosotros una única y gran comunión.

- **El Espíritu Santo es el garante que asegura la realización de este misterio de la Iglesia a través de los siglos. La Tradición apostólica de la Iglesia consiste en la transmisión de la experiencia del Resucitado hecha por la comunidad apostólica en los orígenes de la Iglesia.**

El Espíritu se presenta como el garante de la presencia activa del misterio en la historia, quien asegura su realización a través de los siglos. Gracias al Paráclito, la experiencia del Resucitado, hecha por la comunidad apostólica en los orígenes de la Iglesia, podrá ser vivida siempre por las generaciones sucesivas, en la medida en que es transmitida y actualizada en la fe, en el culto y en la comunión del Pueblo de Dios, peregrino en el tiempo. Y, de este modo, nosotros, ahora, en el tiempo pascual, vivimos el encuentro con el Resucitado no sólo como algo del pasado, sino en la comunión presente de la fe, de la liturgia, de la vida de la Iglesia. La Tradición apostólica de la Iglesia consiste en esta transmisión de los bienes de la salvación, que hace de la comunidad cristiana la actualización permanente, con la fuerza del Espíritu, de la comunión originaria. Es llamada de este modo porque nació del testimonio de los apóstoles y de la comunidad de los discípulos en el tiempo de los orígenes, fue entregada bajo la guía del Espíritu Santo en los escritos del Nuevo Testamento y en la vida sacramental, en la vida de la fe, y la Iglesia hace referencia continuamente a ella --a esta Tradición que es la realidad siempre actual del don de Jesús-- como su fundamento y su norma a través de la sucesión sin interrupción del ministerio apostólico.

- **Ya Jesús daba a entender que su misión – su presencia salvífica - estaba destinada a todo el mundo y a todos los tiempos, gracias al Espíritu Santo.**

En su vida histórica, Jesús limitaba su misión a la casa de Israel, pero ya daba a entender que el don estaba destinado no sólo al pueblo de Israel, sino a todo el mundo y a todos los tiempos. El resucitado confía después, explícitamente a los apóstoles (Cf. Lucas 6, 13) la tarea de hacer discípulos a todas las naciones, garantizando su presencia y su ayuda hasta el final de los tiempos (Cf. Mateo 28, 19 siguientes). La universalidad de la salvación exige, entre otras cosas, que el memorial de la Pascua se celebre sin interrupción en la historia hasta el regreso

glorioso de Cristo (Cf. 1 Corintios 11, 26). ¿Quién actualizará la presencia salvífica del Señor Jesús, mediante el ministerio de los apóstoles --jefes del Israel escatológico (Cf. Mateo 19,28)-- y de toda la vida del pueblo de la nueva alianza? La respuesta está clara: el Espíritu Santo. Los Hechos de los Apóstoles --continuando con el designio del Evangelio de Lucas-- presentan en vivo la compenetración entre el Espíritu, los enviados de Cristo y la comunidad por ellos reunida. Gracias a la acción del Paráclito, los apóstoles y sus sucesores pueden realizar en el tiempo la misión recibida por el Resucitado: «Vosotros sois testigos de estas cosas. Mirad, y voy a enviar sobre vosotros la Promesa de mi Padre...» (Lucas 24, 48 siguientes). «Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra» (Hechos 1, 8). Y esta promesa, al inicio increíble, ya se realizó en el tiempo de los apóstoles: «Nosotros somos testigos de estas cosas, y también el Espíritu Santo que ha dado Dios a los que le obedecen» (Hechos 5, 32).

Por tanto, es el mismo Espíritu quien, a través de la imposición de las manos y de la oración de los apóstoles, consagra y envía a los nuevos misioneros del Evangelio (por ejemplo, en Hechos 13, 3 siguientes y 1 Timoteo 4, 14). Es interesante observar que, mientras en algunos pasajes se dice que Pablo establece a los presbíteros en las Iglesias (Cf. Hechos 14,23), en otros se afirma que es el Espíritu Santo quien constituye a los pastores de la grey (Cf. Hechos 20,28). La acción del Espíritu y la de Pablo están de este modo profundamente compenetradas. En la hora de las decisiones solemnes para la vida de la Iglesia, el Espíritu está presente para guiarla. Esta presencia-guía del Espíritu Santo se experimenta particularmente en el Concilio de Jerusalén, en cuyas palabras conclusivas resuena la afirmación: «hemos decidido el Espíritu Santo y nosotros...» (Hechos 15, 28); la Iglesia crece y camina «en el temor del Señor y estaba llena de la consolación del Espíritu Santo» (Hechos 9, 31). Esta permanente actualización de la presencia activa del Señor Jesús en su pueblo, realizada por el Espíritu Santo y expresada en la Iglesia a través del ministerio apostólico y la comunión fraterna, es lo que en sentido teológico se entiende con el término Tradición: no es la mera transmisión material de lo que fue entregado al inicio a los apóstoles, sino la presencia eficaz del Señor Jesús, crucificado y resucitado, que acompaña y guía en el Espíritu a la comunidad reunida por él.

- **La Tradición es la comunión de los fieles alrededor de los legítimos pastores en el transcurso de la historia, una comunión que el Espíritu Santo alimenta asegurando el nexo entre la experiencia de la fe apostólica, vivida en la comunidad originaria de los discípulos, y la experiencia actual de Cristo en su Iglesia. En otras palabras, la Tradición es la continuidad orgánica de la Iglesia, Templo santo de Dios Padre, edificado sobre el fundamento del Espíritu.**

La Tradición es la comunión de los fieles alrededor de los legítimos pastores en el transcurso de la historia, una comunión que el Espíritu Santo alimenta asegurando el nexo entre la experiencia de la fe apostólica, vivida en la comunidad originaria de los discípulos, y la experiencia actual de Cristo en su Iglesia. En otras palabras, la Tradición es la continuidad orgánica de la Iglesia, Templo santo de Dios Padre, edificado sobre el fundamento del Espíritu: «Así pues, ya no sois extraños ni forasteros, sino conciudadanos de los santos y familiares de Dios, edificados sobre el cimiento de los apóstoles y profetas, siendo la piedra angular, Cristo mismo, en quien toda edificación bien trabada se eleva hasta formar un templo santo en el Señor, en quien también vosotros estáis siendo juntamente edificados, hasta ser morada de Dios en el Espíritu» (Efesios 2,19-22). Gracias a la Tradición, garantizada por el ministerio de los apóstoles y de sus sucesores, el agua de la vida surgida del costado de Cristo y su sangre salvadora llega a las mujeres y a los hombres de todos los tiempos. De este modo, la Tradición es la presencia permanente del Salvador que nos sale al encuentro, nos redime y santifica en el Espíritu a través del ministerio de su Iglesia para gloria del Padre.

Concluyendo y resumiendo, podemos por tanto decir que la Tradición no es la transmisión de cosas o de palabras, una colección de cosas muertas. La Tradición es el río vivo que nos une a los orígenes, el río vivo en el que los orígenes siempre están presentes. El gran río que nos lleva al puerto de la eternidad. En este río vivo se realiza siempre de nuevo la palabra del Señor, que hemos escuchado al inicio de los labios del lector: «He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mateo 28, 20).

## **7. La Tradición apostólica es el «Evangelio vivo». 3 de mayo 2006**

Miércoles 3 de mayo del 2006

- **La Tradición es el río de la vida nueva que procede de Cristo, y nos hace participar en la historia de Dios con la humanidad**

En estas catequesis queremos comprender un poco qué es la Iglesia. La última vez meditamos en el tema de la Tradición apostólica. Hemos visto que no es una colección de cosas, de palabras, como una caja de cosas muertas; la Tradición es el río de la vida nueva que procede de los orígenes, de Cristo hasta nosotros, y nos hace participar en

la historia de Dios con la humanidad. Este tema de la Tradición es tan importante que quisiera volver a detenerme hoy en él: de hecho, es de gran importancia para la vida de la Iglesia.

### ○ **La Tradición es apostólica ante todo en sus orígenes**

El Concilio Vaticano II constató, en este sentido, que la Tradición es apostólica ante todo en sus orígenes: «Dispuso Dios benignamente que todo lo que había revelado para la salvación de los hombres permaneciera íntegro para siempre y se fuera transmitiendo a todas las generaciones. Por ello Cristo Señor, en quien se consuma la revelación total del Dios sumo (Cf. 2 Corintios 1,20 y 3,16-4,6), mandó a los apóstoles que predicaran a todos los hombres el Evangelio, comunicándoles los dones divinos. Este Evangelio, prometido antes por los profetas, lo completó Él y lo promulgó con su propia boca, como fuente de toda la verdad salvadora y de la ordenación de las costumbres» (Constitución dogmática [«Dei Verbum»](#), 7). El Concilio sigue señalando que este compromiso ha sido realizado fielmente «por los apóstoles, que en la predicación oral comunicaron con ejemplos e instituciones lo que habían recibido por la palabra, por la convivencia y por las obras de Cristo, o habían aprendido por la inspiración del Espíritu Santo» (ibídem). Con los apóstoles, añade el Concilio, colaboraron también «varones apostólicos que, bajo la inspiración del mismo Espíritu, escribieron el mensaje de la salvación» (ibídem).

#### ▪ **Los doce Apóstoles transmitieron fielmente el don recibido**

Jefes del Israel escatológico --ellos también eran doce, como las tribus del pueblo elegido--, los apóstoles continúan la «reunión» comenzada por el Señor y lo hacen ante todo transmitiendo fielmente el don recibido, la buena nueva del Reino que llegó a los hombres con Jesucristo. Su número no sólo expresa la continuidad con la santa raíz, el Israel de las doce tribus, sino también el destino universal de su ministerio, que trae la salvación hasta los confines de la tierra. Lo expresa el valor simbólico que tienen los números en el mundo semítico: doce resulta de la multiplicación de tres, número perfecto, por cuatro, número que hace referencia a los cuatro puntos cardinales, por tanto, a todo el mundo.

#### ▪ **La comunidad, nacida del anuncio evangélico, se sintió convocada por la palabras de los primeros que hicieron la experiencia del Señor, y se sintió comprometida a transmitir a los demás la «alegre noticia» de la presencia actual del Señor.**

La comunidad, nacida del anuncio evangélico, se siente convocada por la palabra de los primeros que hicieron la experiencia del Señor y que fueron enviados por Él. Sabe que puede contar con la guía de los doce, así como con la de quienes más tarde se asocian como sucesores en el ministerio de la Palabra y en el servicio a la comunión. Por tanto, la comunidad se siente comprometida a transmitir a los demás la «alegre noticia» de la presencia actual del Señor y de su misterio pascual, que obra en el Espíritu.

### **Esto queda subrayado en varios pasajes de las cartas de san Pablo**

Esto queda subrayado en algunos pasajes de las cartas de san Pablo: «os transmití, en primer lugar, lo que a mi vez recibí» (1 Corintios 15, 3). Y esto es importante. Como se sabe, san Pablo, originalmente llamado por Cristo con una vocación personal, es un auténtico apóstol y, sin embargo, también en su caso lo que cuenta fundamentalmente es la fidelidad a lo que ha recibido. No quería «inventar» un nuevo cristianismo, por así decir, «paulino». Por ello, insiste: «os transmití lo que a mi vez recibí». Transmitió el don inicial que procede del Señor, pues la que salva es la verdad. Después, hacia el final de su vida, escribe a Timoteo: «Conserva el buen depósito mediante el Espíritu Santo que habita en nosotros. (2 Timoteo 1, 14).

### **El testimonio de Tertuliano hacia el año 200**

Lo muestra con eficacia también este antiguo testimonio de la fe cristiana, escrito por Tertuliano hacia el año 200: «[Los apóstoles] al principio afirmaron la fe en Jesucristo y establecieron Iglesias para Judea e inmediatamente después, esparcidos por el mundo, anunciaron la misma doctrina y una misma fe a las naciones y así fundaron Iglesias en cada ciudad. De éstas, después, las Iglesias tomaron la ramificación de su fe y las semillas de la doctrina, y continuamente la toman para ser precisamente Iglesias. De este modo, también ellas son consideradas apostólicas, como descendencia de las Iglesias y de los apóstoles» («De praescriptione haereticorum», 20: PL 2,32).

- **El testimonio del Concilio Vaticano II: la Iglesia transmite lo que enseñaron los apóstoles para que el Pueblo de Dios viva santamente y aumente su fe. La Tradición es, por tanto, la historia del Espíritu que actúa en la historia de la Iglesia a través de los apóstoles y sus sucesores, en continuidad fiel con la experiencia de los orígenes.**

El Concilio Vaticano II comenta: «lo que enseñaron los apóstoles encierra todo lo necesario para que el Pueblo de Dios viva santamente y aumente su fe, y de esta forma la Iglesia, en su doctrina, en su vida y en su culto perpetúa y transmite a todas las generaciones todo lo que ella es, todo lo que cree» («*Dei Verbum*», 8). La Iglesia transmite todo lo que es y todo lo que cree, lo transmite en el culto, en la vida, en la doctrina. La Tradición es, por tanto, el Evangelio vivo, anunciado por los apóstoles en su integridad, en virtud de la plenitud de su experiencia única e irrepetible: por su obra la fe es comunicada a los demás, hasta llegar a nosotros, hasta el fin del mundo. La Tradición, por tanto, es la historia del Espíritu que actúa en la historia de la Iglesia a través de la mediación de los apóstoles y de sus sucesores, en continuidad fiel con la experiencia de los orígenes. Es lo que explica el Papa san Clemente de Roma, hacia el final del siglo I: «Los apóstoles --escribe-- nos anunciaron el Evangelio enviados por el Señor Jesucristo; Jesucristo fue enviado por Dios. Cristo proviene por tanto de Dios, los apóstoles de Cristo: ambos proceden ordenadamente de la voluntad de Dios... Nuestros apóstoles supieron a través del Señor nuestro, Jesucristo, que surgirían contiendas en torno a la función episcopal. Por ello, previendo perfectamente el futuro, establecieron a los elegidos y les ordenaron que a su muerte otros varones de probada virtud asumieran su servicio» («*Ad Corinthios*», 42,44: PG 1,292.296).

- **Es una cadena del servicio que continúa hasta nuestros días. El envío apostólico implica un servicio pastoral, litúrgico y profético, garantizado por la cercanía del Señor.**

Esta cadena del servicio continúa hasta nuestros días, continuará hasta el final del mundo. De hecho, la misión conferida por Jesús a los apóstoles ha sido transmitida por ellos a sus sucesores. Más allá de la experiencia del contacto personal con Cristo, experiencia única e irrepetible, los apóstoles transmitieron a los sucesores el envío solemne al mundo recibido del Maestro. La palabra apóstol procede precisamente del término griego «apostéllein», que quiere decir enviar. El envío apostólico --como muestra el texto de Mateo 28,19 y siguientes-- implica un servicio pastoral («haced discípulos a todas las gentes»), litúrgico («bautizándolas») y profético («enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado»), garantizado por la cercanía del Señor hasta la consumación de los siglos («yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo»).

- **También nosotros tenemos una auténtica y personal experiencia de la presencia del Señor resucitado. Ésta es nuestra gran alegría.**

Así, de manera diferente a los apóstoles, también nosotros tenemos una auténtica y personal experiencia de la presencia del Señor resucitado. A través del ministerio apostólico Cristo mismo llega hasta quien es llamado a la fe, superando la distancia de siglos y ofreciéndose, vivo y operante, en el hoy de la Iglesia y del mundo. Esta es nuestra gran alegría. En el río vivo de la Tradición, Cristo no queda lejos, a dos mil años de distancia, sino que está realmente presente entre nosotros y nos da la Verdad, nos da la luz que nos hace vivir y encontrar el camino hacia el futuro.

## **8. La sucesión apostólica. 10 de mayo de 2006**

Miércoles 10 mayo 2006

- **La Tradición en la Iglesia es la presencia permanente de la palabra y de la vida de Jesús en su pueblo. Se da una reciprocidad entre palabra (contenido, palabra de Dios y vida del Señor) y el testigo que necesita la palabra para estar presente y a la que está vinculado.**

- **Esa reciprocidad es característica de la estructura de la Iglesia**

En las últimas dos audiencias hemos meditado en lo que significa la Tradición en la Iglesia y hemos visto que es la presencia permanente de la palabra y de la vida de Jesús en su pueblo. Pero la palabra, para estar presente, necesita una persona, un testigo. Así nace esta reciprocidad: por una parte, la palabra necesita la persona; pero, por otra, la persona, el testigo, está vinculado a la palabra que le ha sido confiada y que no ha inventado él. Esta reciprocidad entre contenido —palabra de Dios, vida del Señor— y persona que la transmite es característica de la estructura de la Iglesia. Y hoy queremos meditar en este aspecto personal de la Iglesia.

- **El Señor inicia esa estructura convocando a los Doce, quienes, a su vez, asocian a otros en las funciones que les fueron encomendadas.**

El Señor lo había iniciado convocando, como hemos visto, a los Doce, en los que estaba representado el futuro pueblo de Dios. Con fidelidad al mandato recibido del Señor, los Doce, después de su Ascensión, primero completan su número con la elección de Matías en lugar de Judas (cf. *Hch* 1, 15-26); luego asocian progresivamente a otros en las funciones que les habían sido encomendadas, para que continúen su ministerio. El Resucitado mismo llama a Pablo (cf. *Ga* 1, 1), pero Pablo, a pesar de haber sido llamado por el Señor como Apóstol, confronta su Evangelio con el Evangelio de los Doce (cf. *Ga* 1, 18), se esfuerza por transmitir lo que ha recibido (cf. *I Co* 11, 23; 15, 3-4), y en la distribución de las tareas misioneras es asociado a los Apóstoles, junto con otros, por ejemplo con Bernabé (cf. *Ga* 2, 9).

- **Esta sucesiva llamada y envío de otros se hace también con la fuerza del Espíritu. Estos otros son los obispos.**

Del mismo modo que al inicio de la condición de apóstol hay una llamada y un envío del Resucitado, así también la sucesiva llamada y envío de otros se realizará, con la fuerza del Espíritu, por obra de quienes ya han sido constituidos en el ministerio apostólico. Este es el camino por el que continuará ese ministerio, que luego, desde la segunda generación, se llamará ministerio episcopal, "*episcopé*".

- **Obispo es quien contempla desde lo alto, quien mira con el corazón; función que se desarrolla progresivamente en el triple oficio de obispo, presbítero y diácono.**

Tal vez sea útil explicar brevemente lo que quiere decir obispo. Es la palabra que usamos para traducir la palabra griega "*episcopos*". Esta palabra indica a una persona que contempla desde lo alto, que mira con el corazón. Así, san Pedro mismo, en su primera carta, llama al Señor Jesús "pastor y obispo —guardián— de vuestras almas" (*I P* 2, 25). Y según este modelo del Señor, que es el primer obispo, guardián y pastor de las almas, los sucesores de los Apóstoles se llamaron luego obispos, "*episcopoi*". Se les encomendó la función del "*episcopé*".

Esta precisa función del obispo se desarrollará progresivamente, con respecto a los inicios, hasta asumir la forma —ya claramente atestiguada en san Ignacio de Antioquía al comienzo del siglo II (cf. *Ad Magnesios*, 6, 1: *PG* 5, 668)— del triple oficio de obispo, presbítero y diácono. Es un desarrollo guiado por el Espíritu de Dios, que asiste a la Iglesia en el discernimiento de las formas auténticas de la sucesión apostólica, cada vez más definidas entre múltiples experiencias y formas carismáticas y ministeriales, presentes en la comunidad de los orígenes.

- **Así la sucesión en la función episcopal se presenta como continuidad del ministerio apostólico también en sentido espiritual, es decir, como lugar privilegiado de la acción y transmisión del Espíritu Santo.**

Así, la sucesión en la función episcopal se presenta como continuidad del ministerio apostólico, garantía de la perseverancia en la Tradición apostólica, palabra y vida, que nos ha encomendado el Señor. El vínculo entre el Colegio de los obispos y la comunidad originaria de los Apóstoles se entiende, ante todo, en la línea de la continuidad histórica.

Como hemos visto, a los Doce son asociados primero Matías, luego Pablo, Bernabé y otros, hasta la formación del ministerio del obispo, en la segunda y tercera generación. Así pues, la continuidad se realiza en esta cadena histórica. Y en la continuidad de la sucesión está la garantía de perseverar, en la comunidad eclesial, del Colegio apostólico que Cristo reunió en torno a sí. Pero esta continuidad, que vemos primero en la continuidad histórica de los ministros, se debe entender también en sentido espiritual, porque la sucesión apostólica en el ministerio se considera como lugar privilegiado de la acción y de la transmisión del Espíritu Santo.

### El testimonio de san Ireneo de Lyon

Un eco claro de estas convicciones se percibe, por ejemplo, en el siguiente texto de san Ireneo de Lyon (segunda mitad del siglo II): "La Tradición de los Apóstoles, que ha sido manifestada en el mundo entero, puede ser percibida en toda la Iglesia por todos aquellos que quieren ver la verdad. Y nosotros podemos enumerar los obispos que fueron establecidos por los Apóstoles en las Iglesias y sus sucesores hasta nosotros (...). En efecto, (los Apóstoles) querían que fuesen totalmente perfectos e irreprochables aquellos a quienes dejaban como sucesores suyos, transmitiéndoles su propia misión de enseñanza. Si obraban correctamente, se seguiría gran utilidad; pero, si hubiesen caído, la mayor calamidad" (*Adversus haereses*, III, 3, 1: *PG* 7, 848).

### La Iglesia de Roma es signo, criterio y garantía de la transmisión de la fe apostólica

San Ireneo, refiriéndose aquí a esta red de la sucesión apostólica como garantía de perseverar en la palabra del Señor, se concentra en la Iglesia "más grande, más antigua y más conocida de todos", "fundada y establecida en Roma por los más gloriosos apóstoles, Pedro y Pablo", dando relieve a la Tradición de la fe, que en ella llega hasta

nosotros desde los Apóstoles mediante las sucesiones de los obispos.

De este modo, para san Ireneo y para la Iglesia universal, la sucesión episcopal de la Iglesia de Roma se convierte en el signo, el criterio y la garantía de la transmisión ininterrumpida de la fe apostólica: "Con esta Iglesia, a causa de su origen más excelente (*propter potiore[m] principalitatem*), debe necesariamente estar de acuerdo toda la Iglesia, es decir, los fieles de todas partes, pues en ella se ha conservado siempre la tradición que viene de los Apóstoles" (*ib.*, III, 3, 2: PG 7, 848). La sucesión apostólica —comprobada sobre la base de la comunión con la de la Iglesia de Roma— es, por tanto, el criterio de la permanencia de las diversas Iglesias en la Tradición de la fe apostólica común, que ha podido llegar hasta nosotros desde los orígenes a través de este canal: "Por este orden y sucesión, han llegado hasta nosotros aquella tradición que, procedente de los Apóstoles, existe en la Iglesia y el anuncio de la verdad. Y esta es la prueba más palpable de que es una sola y la misma fe vivificante, que en la Iglesia, desde los Apóstoles hasta ahora, se ha conservado y transmitido en la verdad" (*ib.*, III, 3, 3: PG 7, 851).

- **La apostolicidad de la comunión eclesial consiste en la fidelidad a la enseñanza y a la práctica de los Apóstoles, a través de los cuales se asegura el vínculo histórico y espiritual de la Iglesia con Cristo. La sucesión apostólica del ministerio episcopal es el camino que garantiza la fiel transmisión del testimonio apostólico.**

De acuerdo con estos testimonios de la Iglesia antigua, la apostolicidad de la comunión eclesial consiste en la fidelidad a la enseñanza y a la práctica de los Apóstoles, a través de los cuales se asegura el vínculo histórico y espiritual de la Iglesia con Cristo. La sucesión apostólica del ministerio episcopal es el camino que garantiza la fiel transmisión del testimonio apostólico. Lo que representan los Apóstoles en la relación entre el Señor Jesús y la Iglesia de los orígenes, lo representa análogamente la sucesión ministerial en la relación entre la Iglesia de los orígenes y la Iglesia actual. No es una simple concatenación material; es, más bien, el instrumento histórico del que se sirve el Espíritu Santo para hacer presente al Señor Jesús, cabeza de su pueblo, a través de los que son ordenados para el ministerio mediante la imposición de las manos y la oración de los obispos.

### **Mediante la sucesión apostólica es Cristo quien llega a nosotros**

Así pues, mediante la sucesión apostólica es Cristo quien llega a nosotros: en la palabra de los Apóstoles y de sus sucesores es él quien nos habla; mediante sus manos es él quien actúa en los sacramentos; en la mirada de ellos es su mirada la que nos envuelve y nos hace sentir amados, acogidos en el corazón de Dios. Y también hoy, como al inicio, Cristo mismo es el verdadero pastor y guardián de nuestras almas, al que seguimos con gran confianza, gratitud y alegría.

## **9. Pedro el pescador (I). 17 de mayo de 2006**

Miércoles 17 de mayo de 2006

- ❖ **La llamada en el lago de Galilea y la confesión de fe: «Tú eres el Cristo, el Mesías»**

- **El plan de esta nueva serie de catequesis**

En la nueva serie de catequesis hemos tratado de comprender ante todo qué es la Iglesia, cuál es la idea del Señor sobre esta nueva familia. Después, hemos dicho que la Iglesia existe en las personas. Y hemos visto que el Señor ha confiado esta nueva realidad, la Iglesia, a los doce apóstoles. Ahora queremos contemplarles uno a uno para comprender a través de estas personas en qué consiste vivir la Iglesia, qué significa seguir a Jesús. Comencemos con san Pedro.

- **La figura de Pedro**

Después de Jesús, Pedro es el personaje más conocido y citado en el Nuevo Testamento: es mencionado 154 veces con el sobrenombre de «Pétros», «piedra», «roca», que es la traducción griega del nombre arameo que le dio directamente Jesús, «Kefa», testimoniado en nueve ocasiones, sobre todo en las cartas de Pablo. Hay que añadir, además, el nombre de Simón, usado frecuentemente (75 veces), que es la forma adaptada al griego de su nombre hebreo original, Simeón (dos veces: Hechos 15, 14; 2 Pedro 1, 1).

Hijo de Juan (Cf. Juan 1, 42) o, en la forma aramea, «bar-Jona», hijo de Jonás (Cf. Mateo 16, 17), Simón era de Betsaida, (Juan 1, 44), localidad que se encontraba a oriente del mar de Galilea, de la que venía también Felipe y, claro está, Andrés, hermano de Simón. Al hablar tenía acento galileo. Como su hermano, era pescador: con la familia de Zebedeo, padre de Santiago y de Juan, dirigía una pequeña empresa de pesca en el lago de Genesaret (Cf. Lucas 5, 10). Por este motivo, debía disfrutar de un cierto desahogo económico y estaba animado por un sincero interés religioso, por un deseo de Dios - deseaba que Dios interviniera en el mundo -, un deseo que le llevó a dirigirse con su hermano hasta Judea para seguir la predicación de Juan el Bautista (Juan 1, 35-42).

Era un judío creyente y observante, confiado en la presencia activa de Dios en la historia de su pueblo, y a quien le dolía el no ver la acción poderosa en las vicisitudes de las que en ese momento era testigo. Estaba casado y su suegra, curada un día por Jesús, vivía en la ciudad de Cafarnaúm, en la casa en la que también se alojaba Simón, cuando se encontraba en esa ciudad (Cf. Mateo 8, 14s; Marcos 1, 29ss; Lucas 4, 38s). Recientes excavaciones arqueológicas han permitido sacar a la luz, bajo el suelo de mosaico en forma octogonal de una pequeña Iglesia bizantina, los restos de una iglesia más antigua, edificada en esa casa, como testimonian los «grafiti» con invocaciones a Pedro. Los Evangelios nos dicen que Pedro se encuentra entre los primeros cuatro discípulos del Nazareno (Cf. Lucas 5, 1-11), a quienes se les une el quinto, según la costumbre de todo Rabbí de tener cinco discípulos (Cf. Lucas 5, 27: la llamada de Leví). Cuando Jesús pasa de cinco a doce discípulos (Cf. Lucas 9, 1-6), quedará clara la novedad de su misión: no es uno de los muchos rabinos, sino que ha venido para reunir al Israel escatológico, simbolizado por el número doce, el de las tribus de Israel.

#### ▪ Su itinerario espiritual

En los Evangelios, Simón presenta un carácter decidido e impulsivo. Está dispuesto a hacer prevalecer sus razones, incluso con la fuerza (usó la espada en el Huerto de los Olivos, Cf. Juan 18, 10s). Al mismo tiempo, a veces es también ingenuo y temeroso, así como honesto, hasta llegar al arrepentimiento más sincero (Cf. Mateo 26, 75). Los Evangelios permiten seguir paso a paso su itinerario espiritual. **El punto de inicio** es la llamada por parte de Jesús. Tuvo lugar en un día como cualquier otro, mientras Pedro realizaba su trabajo de pescador. Jesús se encuentra en el lago de Genesaret y la muchedumbre le rodea para escucharle. El número de los que le oían creaba ciertas dificultades. El maestro ve dos barcas amarradas a la orilla. Los pescadores han bajado de ellas y están lavando las redes. Les pide poder subir a una barca, la de Simón, y le pide que se aleje un poco de tierra. Sentado en esa cátedra improvisada, enseña desde la barca a la muchedumbre (Cf. Lucas 5, 1-3). De este modo, la barca de Pedro se convierte en la cátedra de Jesús. Cuando terminó de hablar, le dice a Simón: «Boga mar adentro, y echad vuestras redes para pescar». Simón responde: «Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos pescado nada; pero, en tu palabra, echaré las redes» (Lucas 5, 4-5). Jesús, que era un carpintero, no era un experto de pesca y, sin embargo, Simón el pescador se fía de este Rabbí, que no le da respuestas sino que le invita a fiarse. Su reacción ante la pesca milagrosa es de asombro y estremecimiento: «Aléjate de mí, Señor, que soy un hombre pecador» (Lucas 5, 8). Jesús responde invitándole a tener confianza y a abrirse a un proyecto que supera toda expectativa: «No temas. Desde ahora serás pescador de hombres» (Lucas 5,10). Pedro no se podía imaginar todavía que un día llegaría a Roma y que aquí sería «pescador de hombres» para el Señor. Acepta esta llamada sorprendente a dejarse involucrar en esta gran aventura: es generoso, reconoce sus límites, pero cree en quien le llama y sigue el sueño de su corazón. Dice «sí», un «sí» valiente y generoso, y se convierte en discípulo de Jesús.

Pedro vivirá **otro momento significativo** en su camino espiritual en las inmediaciones de Cesarea de Filipo, cuando Jesús plantea a los discípulos una pregunta concreta: «¿Quién dicen los hombres que soy yo?» (Marcos 8,27). A Jesús no le basta una respuesta de oídas. De quien ha aceptado comprometerse personalmente con Él, quiere una toma de posición personal. Por eso, insiste: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?» (Marcos 8, 29). Es Pedro quien responde también por cuenta de los demás: «Tú eres el Cristo» (ibídem), es decir, el Mesías. Esta respuesta, que no ha sido revelada ni por «la carne ni la sangre» de él, sino que ha sido ofrecida por el Padre que está en los cielos (Cf. Mateo 16, 17), contiene como la semilla de la futura confesión de fe de la Iglesia. Sin embargo, Pedro no había comprendido todavía el contenido profundo de la misión mesiánica de Jesús, el nuevo sentido de la palabra: Mesías. Lo demuestra poco a poco, dando a entender que el Mesías al que está siguiendo en sus sueños es muy diferente al auténtico proyecto de Dios. **Ante el anuncio de la pasión**, se escandaliza y protesta, suscitando la fuerte reacción de Jesús (Cf. Marcos 8, 32-33). Pedro quiere un Mesías «hombre divino», que responda a las expectativas de la gente, imponiendo a todos su potencia: nosotros también deseamos que el Señor imponga su potencia y transforme inmediatamente el mundo; Jesús se presenta como el «Dios humano», el siervo de Dios, que trastorna las expectativas de la muchedumbre, abrazando un camino de humildad y de sufrimiento. Es la gran alternativa, que también nosotros tenemos que volver a aprender: privilegiar las propias expectativas rechazando a Jesús o acoger a Jesús en la verdad de su misión y arrinconar las expectativas demasiado humanas. Pedro, que es impulsivo, no duda en tomarle aparte y reprenderle. La respuesta de Jesús derrumba todas las falsas expectativas, llamándole a la conversión y a su seguimiento: «¡Quítate de mi vista, Satanás! porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres» (Marcos 8,33). No me indiques tú el camino, yo sigo mi camino y tú ponte detrás de mí.

**De este modo, Pedro aprende lo que significa verdaderamente seguir a Jesús.** Es la segunda llamada, como la de Abraham en Génesis capítulo 22, después de la de Génesis capítulo 12. «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque quien quiera salvar su vida, la perderá; pero quien pierda su vida por mí y por el Evangelio, la salvará» (Marcos 8, 34-35). Es la ley exigente del seguimiento: es necesario saber **renunciar**, si hace falta, a todo el mundo para salvar los verdaderos valores, para salvar el alma, para salvar la presencia de Dios en el mundo (Cf. Marcos 8, 36-37). Aunque le cuesta, Pedro acoge la invitación a seguir su

camino tras las huellas del Maestro.

- **La enseñanza para nosotros: esperamos que Dios transforme el mundo inmediatamente, y Dios opta por el camino de la transformación de nuestro corazones**

Me parece que estas diferentes conversiones de san Pedro y toda su figura son motivo de gran consuelo y una gran enseñanza para nosotros. También nosotros deseamos a Dios, también queremos ser generosos, pero también nosotros esperamos que Dios sea fuerte en el mundo y transforme inmediatamente el mundo, según nuestras ideas, según las necesidades que vemos. **Dios opta por otro camino.** Dios escoge el camino de la transformación de los corazones en el sufrimiento y en la humildad. Y nosotros, como Pedro, siempre tenemos que convertirnos de nuevo. Tenemos que seguir a Jesús y no precederle: Él nos muestra el camino. Pedro nos dice: tú piensas que tienes la receta y que tienes que transformar el cristianismo, pero quien conoce el camino es el Señor. Es el Señor quien me dice a mí, quien te dice a ti: «¡sígueme!». Y tenemos que tener la valentía y la humildad para seguir a Jesús, pues Él es el Camino, la Verdad y la Vida.

## **10. Pedro el pescador (II). 24 de mayo de 2006**

- ❖ **La multiplicación de los panes y la llamada del Señor a Pedro a ser pastor de la Iglesia universal**

En estas catequesis estamos meditando en la Iglesia. Hemos dicho que la Iglesia vive en las personas y, por ello, en la última catequesis comenzamos a meditar en las figuras de cada uno de los apóstoles, comenzando por san Pedro. Hemos visto dos etapas decisivas de su vida: la llamada en el lago de Galilea y, después, la confesión de fe: «Tú eres el Cristo, el Mesías». Como dijimos, se trata de una confesión todavía insuficiente, inicial, aunque abierta. San Pedro se pone en un camino de seguimiento. Hoy queremos considerar otros dos acontecimientos importantes en la vida de san Pedro: la multiplicación de los panes --acabamos de escuchar en el pasaje que se ha leído la pregunta del Señor y la respuesta de Pedro-- y después el pasaje en el que el Señor llama a Pedro a ser pastor de la Iglesia universal.

- **La multiplicación de los panes**

- **El sentido o finalidad de la multiplicación de los panes: la entrega de sí mismo en el pan eucarístico.**

Comencemos con la multiplicación de los panes. Sabéis que el pueblo había escuchado al Señor durante horas. Al final, Jesús dice: están cansados, tienen hambre, tenemos que dar de comer a esta gente. Los apóstoles preguntan: «Pero, ¿cómo?». Y Andrés, el hermano de Pedro, le dice a Jesús que un muchacho tenía cinco panes y dos peces. «Pero, ¿de qué sirven para tantas personas?», se preguntan los apóstoles. Entonces el Señor pide a la gente que se siente y que se distribuyan estos cinco panes y dos peces. Y todos quedan saciados. Es más, el Señor encarga a los apóstoles, y entre ellos a Pedro, que recojan las abundantes sobras: doce canastos de pan (Cf. Juan 6,12-13). A continuación, la gente, al ver este milagro --que parecía ser la renovación tan esperada del nuevo «maná», el don del pan del cielo--, quiere hacer de él su rey. Pero Jesús no acepta y se retira a rezar solo en la montaña. Al día siguiente, Jesús interpretó el milagro en la otra orilla del lago, en la sinagoga de Cafarnaúm. No lo hizo en el sentido de ser el rey de Israel, con un poder de este mundo, como lo esperaba la muchedumbre, sino en el sentido de la entrega de sí mismo: «el pan que yo voy a dar es mi carne por la vida del mundo» (Juan 6, 51). Jesús anuncia la cruz y con la cruz la auténtica multiplicación de los panes, el pan eucarístico, su manera totalmente nueva de ser rey, una manera totalmente contraria a las expectativas de la gente.

- **Jesús anuncia que dará su carne y Pedro hace su confesión de fe: una fe inicial que más tarde llegará a plenitud, abierta a una realidad más grande.**

Podemos comprender que estas palabras del Maestro, que no quiere realizar cada día una multiplicación de los panes, que no quiere ofrecer a Israel un poder de este mundo, resultarían realmente difíciles, es más inaceptables, para la gente. «Da su carne»: ¿qué quiere decir esto? Incluso para los discípulos parece algo inaceptable lo que Jesús dice en este momento. Para nuestro corazón, para nuestra mentalidad, era y es algo «duro», que pone a prueba la fe (Cf. Juan 6, 60). Muchos de los discípulos se echaron atrás. Buscaban a alguien que renovara realmente el Estado de Israel, su pueblo, y no a uno que dijera: «Doy mi carne». Podemos imaginar que las palabras de Jesús fueran difíciles incluso para Pedro, que en Cesarea de Filipo se había opuesto a la profecía de la cruz. Y sin embargo, cuando Jesús preguntó a los doce: «¿Queréis irs también vosotros?», Pedro reaccionó con el empuje de su corazón generoso, guiado por el Espíritu Santo. En nombre de todos, respondió con palabras inmortales, que son también palabras nuestras: « Señor, ¿donde quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios» (Cf. Juan 6, 66-69)

Aquí, al igual que en Cesarea, con sus palabras, Pedro comienza la confesión de fe cristológica de la Iglesia y se convierte en voz también de los demás apóstoles y de los no creyentes de todos los tiempos. Esto no quiere decir que ya había comprendido el misterio de Cristo en toda su profundidad. Su fe era todavía inicial, una fe en camino; sólo llegaría a su verdadera plenitud a través de los acontecimientos pascuales. Si embargo, ya era fe, abierta a la realidad más grande --abierta sobre todo porque no era fe en algo, era fe en Alguien: en Él, en Cristo--. De este modo, también nuestra fe es siempre una fe inicial y tenemos que recorrer todavía un gran camino. Pero es esencial que sea una fe abierta y que nos dejemos guiar por Jesús, pues Él no sólo conoce el Camino, sino que es el Camino.

- **La generosidad impetuosa de Pedro y la debilidad humana. La escuela de la fe no es una marcha triunfal**

La generosidad impetuosa de Pedro no le libra, sin embargo, de los peligros ligados a la debilidad humana. Es lo que también nosotros podemos reconocer basándonos en nuestra vida. Pedro siguió a Jesús con empuje, superó la prueba de la fe, abandonándose en él. Llega sin embargo el momento en que también él cede al miedo y cae: traiciona al Maestro (Cf. Marcos 14, 66-72). La escuela de la fe no es una marcha triunfal, sino un camino salpicado de sufrimientos y de amor, de pruebas y fidelidad que hay que renovar todos los días. Pedro, que había prometido fe absoluta, experimenta la amargura y la humillación del que reniega: el orgulloso aprende, a costa suya, la humildad. También Pedro tiene que aprender que es débil y que necesita perdón. Cuando finalmente se le cae la máscara y entiende la verdad de su corazón débil de pecador creyente, estalla en un llanto de arrepentimiento liberador. Tras este llanto ya está listo para su misión.

- **Jesús encomienda a Pedro la misión de pastor de la Iglesia universal**

- **Pedro sigue a Jesús - acepta la misión – con la conciencia de la propia fragilidad**

En una mañana de primavera, esta misión le será confiada por Jesús resucitado. El encuentro tendrá lugar en las orillas del lago de Tiberíades. El evangelista Juan nos narra el diálogo que en aquella circunstancia tuvo lugar entre Jesús y Pedro. Se puede constatar un juego de verbos muy significativo. En griego, el verbo *filéo* expresa el amor de amistad, tierno pero no total, mientras que el verbo *agapáo* significa el amor sin reservas, total e incondicional. La primera vez, Jesús le pregunta a Pedro: «Simón..., ¿me amas más que éstos (*agapás-me?*)?», ¿con ese amor total e incondicional? (Cf. Juan 21, 15). Antes de la experiencia de la traición, el apóstol ciertamente habría dicho: «Te amo (*agapô-se*) incondicionalmente». Ahora que ha experimentado la amarga tristeza de la infidelidad, el drama de su propia debilidad, dice con humildad: «Señor, te quiero (*filô-se*)», es decir, «te amo con mi pobre amor humano». Cristo insiste: «Simón, ¿me amas con este amor total que yo quiero?». Y Pedro repite la respuesta de su humilde amor humano: «*Kyrie, filô-se*», «Señor, te quiero como sé querer». A la tercera vez, Jesús sólo le dice a Simón: «*Fileîs-me?*», «¿me quieres?». Simón comprende que a Jesús le es suficiente su amor pobre, el único del que es capaz, y sin embargo está triste por el hecho de que el Señor se lo haya tenido que decir de ese modo. Por eso le responde: «Señor, tú lo sabes todo, tu sabes que te quiero (*filô-se*)». ¡Parecería que Jesús se ha adaptado a Pedro, en vez de que Pedro se adaptará a Jesús! Precisamente esta adaptación divina da esperanza al discípulo, que ha experimentado el sufrimiento de la infidelidad. De aquí nace la confianza, que le hace ser capaz de seguirle hasta el final: «Con esto indicaba la clase de muerte con que iba a glorificar a Dios. Dicho esto, añadió: "Sígueme"» (Juan 21, 19).

- **Jesús se adapta también a nuestra debilidad, a nuestra pobre capacidad de amor.**

Desde aquel día, Pedro «siguió» al Maestro con la conciencia precisa de su propia fragilidad; pero esta conciencia no le desalentó. Él sabía, de hecho, que podía contar a su lado con la presencia del Resucitado. De los ingenuos entusiasmos de la adhesión inicial, pasando a través de la experiencia dolorosa de la negación y del llanto de la conversión, Pedro llegó a fiarse de ese Jesús que se adaptó a su pobre capacidad de amor. Y nos muestra también a nosotros el camino, a pesar de toda nuestra debilidad. Sabemos que Jesús se adapta a esta debilidad nuestra. Nosotros le seguimos, con nuestra pobre capacidad de amor y sabemos que Jesús es bueno y nos acepta. Pedro tuvo que recorrer un largo camino para convertirse en testigo seguro, en «piedra» de la Iglesia, al quedar constantemente abierto a la acción del Espíritu de Jesús. Pedro mismo se presentará como «testigo de los sufrimientos de Cristo y partícipe de la gloria que está para manifestarse (1 Pedro 5, 1). Cuando escribe estas palabras ya es anciano, abocado a la conclusión de su vida, que sellará con el martirio. Será capaz, entonces, de describir la alegría verdadera y de indicar dónde puede encontrarse: el manantial es Cristo, en quien creemos y a quien amamos con nuestra fe débil pero sincera, a pesar de nuestra fragilidad. Por ello, escribirá a los cristianos de su comunidad estas palabras que también nos dirige a nosotros: «Le amáis sin haberle visto; creéis en él, aunque de momento no le veáis, rebotando de alegría inefable y gloriosa; y alcanzáis la meta de vuestra fe, la salvación de las almas» (1 Pedro 1, 8-9).

## 11. Pedro el pescador (III). 7 de junio de 2006

### ❖ La roca sobre la que Cristo fundó su Iglesia

- **Jesús cambió el nombre de Simón: lo llamó “Cefas”, que quiere decir “Piedra”: no se trataba solamente de un nombre, sino también de un mandato, de una misión.**

Reanudamos las catequesis semanales que comenzamos esta primavera. En la última, hace quince días, hablé de Pedro como del primero de los Apóstoles. Hoy queremos volver una vez más sobre esta grande e importante figura de la Iglesia. El evangelista san Juan, al relatar el primer encuentro de Jesús con Simón, hermano de Andrés, atestigua un hecho singular: Jesús, "fijando su mirada en él, le dijo: "Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas", que quiere decir "Piedra" (Jn 1, 42).

Jesús no solía cambiar el nombre a sus discípulos. Si se exceptúa el sobrenombre de "hijos del trueno", que dirigió en una circunstancia precisa a los hijos de Zebedeo (cf. *Mc* 3, 17) y que ya no volvió a usar, nunca atribuyó un nuevo nombre a uno de sus discípulos. En cambio, sí lo hizo con Simón, llamándolo "Cefas", nombre que luego fue traducido en griego por *Petros*, en latín *Petrus*.

Y fue traducido precisamente porque no era sólo un nombre; era un "mandato" que *Petrus* recibía así del Señor. El nuevo nombre, *Petrus*, se repetirá muchas veces en los evangelios y acabará sustituyendo a su nombre originario, Simón.

- **En el Antiguo Testamento, el cambio del nombre por lo general implicaba la encomienda de una misión.**

El dato cobra especial relieve si se tiene en cuenta que, en el Antiguo Testamento, el cambio del nombre por lo general implicaba la encomienda de una misión (cf. *Gn* 17, 5; 32, 28 ss, etc.). De hecho, la voluntad de Cristo de atribuir a Pedro una importancia particular dentro del Colegio apostólico se manifiesta a través de numerosos indicios: en Cafarnaúm, el Maestro se hospeda en la casa de Pedro (cf. *Mc* 1, 29); cuando la muchedumbre se agolpaba a su alrededor a la orilla del lago de Genesaret, entre las dos barcas allí amarradas Jesús escoge la de Simón (cf. *Lc* 5, 3); cuando en circunstancias particulares Jesús se llevaba sólo a tres discípulos, a Pedro siempre se le nombra como primero del grupo: así sucede en la resurrección de la hija de Jairo (cf. *Mc* 5, 37; *Lc* 8, 51), en la Transfiguración (cf. *Mc* 9, 2; *Mt* 17, 1; *Lc* 9, 28) y, por último, durante la agonía en el huerto de Getsemaní (cf. *Mc* 14, 33; *Mt* 26, 37).

Además, a Pedro se dirigen los recaudadores del impuesto para el templo y el Maestro paga sólo por sí y por Pedro (cf. *Mt* 17, 24-27); Pedro es el primero a quien lava los pies en la última Cena (cf. *Jn* 13, 6) y ora sólo por él para que no desfallezca en la fe y pueda confirmar luego en ella a los demás discípulos (cf. *Lc* 22, 30-31).

- **Pedro mismo era con siente de su situación peculiar**

Por lo demás, Pedro mismo es consciente de su situación peculiar: es él quien a menudo toma la palabra en nombre de los demás; habla para pedir la explicación de una parábola (cf. *Mt* 15, 15) o el sentido exacto de un precepto (cf. *Mt* 18, 21) o la promesa formal de una recompensa (*Mt* 19, 27). En particular, es él quien resuelve algunas situaciones embarazosas interviniendo en nombre de todos. Por ejemplo, cuando Jesús, entristecido por la incomprensión de la multitud después del discurso sobre el "pan de vida", pregunta: "¿También vosotros queréis irnos?", Pedro da una respuesta perentoria: "Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna" (*Jn* 6, 67-69).

Igualmente decidida es la profesión de fe que, también en nombre de los Doce, hace en Cesarea de Filipo. A Jesús, que le pregunta "Y vosotros ¿quién decís que soy yo?", Pedro responde: "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo" (*Mt* 16, 15-16). Acto seguido, Jesús pronuncia la declaración solemne que define, de una vez por todas, el papel de Pedro en la Iglesia: "Y yo a mi vez te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia (...). A ti te daré las llaves del reino de los cielos; y lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos" (*Mt* 16, 18-19).

- **Las tres metáforas que utiliza Jesús son en sí muy claras: Pedro será el cimiento de roca, tendrá las llaves del reino de los cielos, podrá atar o desatar.**

Las tres metáforas que utiliza Jesús son en sí muy claras: Pedro será el *cimiento de roca* sobre el que se apoyará el edificio de la Iglesia; tendrá *las llaves* del reino de los cielos para abrir y cerrar a quien le parezca oportuno; por último, podrá *atar o desatar*, es decir, podrá decidir o prohibir lo que considere necesario para la vida de la Iglesia, que es y sigue siendo de Cristo. Siempre es la Iglesia de Cristo y no de Pedro. Así queda descrito con imágenes muy plásticas lo que la reflexión sucesiva calificará con el término: "primado de jurisdicción".

○ **La posición de preeminencia que Jesús quiso conferir a Pedro se constata también después de la resurrección.**

Esta posición de preeminencia que Jesús quiso conferir a Pedro se constata también después de la resurrección: Jesús encarga a las mujeres que lleven el anuncio a Pedro, distinguiéndolo entre los demás Apóstoles (cf. *Mc* 16, 7); la Magdalena acude corriendo a él y a Juan para informar que la piedra ha sido removida de la entrada del sepulcro (cf. *Jn* 20, 2) y Juan le cede el paso cuando los dos llegan ante la tumba vacía (cf. *Jn* 20, 4-6); después, entre los Apóstoles, Pedro es el primer testigo de la aparición del Resucitado (cf. *Lc* 24, 34; *I Co* 15, 5). Este papel, subrayado con decisión (cf. *Jn* 20, 3-10), marca la continuidad entre su preeminencia en el grupo de los Apóstoles y la preeminencia que seguirá teniendo en la comunidad nacida con los acontecimientos pascuales, como atestigua el libro de los Hechos de los Apóstoles (cf. *Hch* 1, 15-26; 2, 14-40; 3, 12-26; 4, 8-12; 5, 1-11. 29; 8, 14-17; 10; etc.).

Su comportamiento es considerado tan decisivo que es objeto de observaciones y también de críticas (cf. *Hch* 11, 1-18; *Ga* 2, 11-14). En el así llamado Concilio de Jerusalén Pedro desempeña una función directiva (cf. *Hch* 15 y *Ga* 2, 1-10) y, precisamente por el hecho de ser el testigo de la fe auténtica, Pablo mismo reconoce en él su papel de "primero" (cf. *I Co* 15, 5; *Ga* 1, 18; 2, 7 s; etc.).

Además, el hecho de que varios de los textos clave referidos a Pedro puedan enmarcarse en el contexto de la última Cena, en la que Cristo le confiere el ministerio de confirmar a los hermanos (cf. *Lc* 22, 31 s), muestra cómo el ministerio confiado a Pedro es uno de los elementos constitutivos de la Iglesia que nace del memorial pascual celebrado en la Eucaristía.

○ **El hecho de insertar el primado de Pedro en el contexto de la última Cena, en el momento de la institución de la Eucaristía, Pascua del Señor, indica también el sentido último de este primado: Pedro, para todos los tiempos, debe ser el custodio de la comunión con Cristo.**

El hecho de insertar el primado de Pedro en el contexto de la última Cena, en el momento de la institución de la Eucaristía, Pascua del Señor, indica también el sentido último de este primado: Pedro, para todos los tiempos, debe ser el custodio de la comunión con Cristo; debe guiar a la comunión con Cristo; debe cuidar de que la red no se rompa, a fin de que así perdure la comunión universal. Sólo juntos podemos estar con Cristo, que es el Señor de todos. La responsabilidad de Pedro consiste en garantizar así la comunión con Cristo con la caridad de Cristo, guiando a la realización de esta caridad en la vida diaria.

Oremos para que el primado de Pedro, encomendado a pobres personas humanas, sea siempre ejercido en este sentido originario que quiso el Señor, y para que lo reconozcan cada vez más en su verdadero significado los hermanos que todavía no están en comunión con nosotros.

[www.parroquiasantamonica.com](http://www.parroquiasantamonica.com)